

escritos 2

**biblioteca clásica
de siglo veintiuno**

jacques lacan

escritos 2

edición revisada y corregida por Jacques Lacan,
Juan David Nasio y Armando Suárez

Traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez

Biblioteca Nueva

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

[Écrits II.Español]

LACAN, JACQUES

Escritos 2 ; traducción del francés por Tomás Segovia y Armando Suárez ; Jacques Lacan, Juan David Nasio y Armando Suárez (rev.). - Madrid : Biblioteca Nueva, 2013

390 p.; 23 cm

ISBN Obra completa 978-84-15555-22-3

ISBN 978-84-15555-20-9

1. Psicosis 2. Cura 3. Personalidad 4. Simbolismo 5. Inconsciente
6. Deseo 7. Psicoanálisis 8. Psicología I. Segovia, Tomás y Suárez, Armando, trad. II. Lacan, Jacques, Nasio, Juan David y Suárez, Armando, rev.

616.8

MMH

159.9

JM

159.97

MMJ

Título original: *Écrits II*

- © 1966, Éditions du Seuil
- © 1975, Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.
- © 2002, Siglo XXI Editores Argentina S. A.
- © 2013, para esta edición, Editorial Biblioteca Nueva, S. L.

El titular de los derechos para publicar esta obra en español es SIGLO XXI EDITORES, S. A. DE C. V., quien autorizó a EDITORIAL BIBLIOTECA NUEVA, S. L. a realizar la presente reimpresión para ser comercializada únicamente dentro del territorio europeo.

Diseño de interior: tholön kunst

1.^a edición en Editorial Biblioteca Nueva, S. L., 2013

ISBN Obra completa: 978-84-15555-22-3

ISBN Volumen 2: 978-84-15555-20-9

Depósito legal: M-192-2013

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice general

TOMO 1

Nota del director de esta colección, <i>por Armando Suárez</i>	11
Nota del traductor, <i>por Tomás Segovia</i>	15
Uno	
Obertura de esta recopilación	21
El seminario sobre “La carta robada”	23
Dos	
De nuestros antecedentes	73
Más allá del “Principio de realidad”	81
El estadio del espejo como formador de la función del yo [<i>je</i>] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica	99
La agresividad en psicoanálisis	107
Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología	129
Acerca de la causalidad psíquica	151
Tres	
El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma	193
Intervención sobre la transferencia	209
Cuatro	
Del sujeto por fin cuestionado	223
Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis	231
Variantes de la cura-tipo	311
De un designio	347
Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la <i>Verneinung</i> de Freud	351

Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la <i>Verneinung</i> de Freud	363
La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis	379
El psicoanálisis y su enseñanza	411
Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956	431
La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud	461

TOMO 2

Cinco

De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis	509
La dirección de la cura y los principios de su poder	559
Observación sobre el informe de Daniel Lagache: "Psicoanálisis y estructura de la personalidad"	617
La significación del falo	653
En memoria de Ernest Jones. Sobre su teoría del simbolismo	663
<i>De un silabario a posteriori</i>	683
Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina	689

Seis

Juventud de Gide o la letra y el deseo	703
Kant con Sade	727
Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano	755
Posición del inconsciente	789
Del <i>Trieb</i> de Freud y del deseo del psicoanalista	809
La ciencia y la verdad	813

Apéndices

1. Comentario hablado sobre la <i>Verneinung</i> de Freud, por Jean Hyppolite	837
2. La metáfora del sujeto	847

Índices

Índice razonado de los conceptos principales	855
Tabla comentada de las representaciones gráficas	865
Términos de Freud en alemán	871
Índice onomástico	875
Referencias bibliográficas en orden cronológico	885

Cinco

De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis¹

Hoc quod triginta tres per annos in ipso loco studui, et Sanctae Annae Genio loci, et dilectae juventuti, quae eo me sectata est, diligenter dedico. [Dedico devotamente este trabajo al genio local de Sainte-Anne en que me consagré al estudio durante treinta y seis años y a la amada juventud que allí me siguió. AS]

I. HACIA FREUD

1. Medio siglo de freudismo aplicado a la psicosis deja su problema todavía por pensarse de nuevo, dicho de otro modo, en el *statu quo ante*.

Podría decirse que antes de Freud su discusión no se desprende de un fondo teórico que se presenta como psicología y no es sino un residuo “lancizado” de lo que llamaremos la larga cocción metafísica de la ciencia en la Escuela (con la E mayúscula que le debe nuestra reverencia).

Ahora bien, si nuestra ciencia, que concierne a la *physis*, en su matematización cada vez más pura, no conserva de esa cocina sino un relente tan discreto que podemos legítimamente preguntarnos si no habrá habido sustitución de persona, no sucede lo mismo en lo que concierne a la *antiphysis* (o sea, al aparato vivo que se supone apto para tomar la medida de dicha *physis*), cuyo olor a refrito delata sin duda alguna la práctica secular en esa cocina de la preparación de sesos.

Así, la teoría de la abstracción, necesaria para dar cuenta del conocimiento, se ha fijado en una teoría abstracta de las facultades del sujeto, que las peticiones sensualistas más radicales no han podido hacer más funcionales en lo que hace a los efectos subjetivos.

1 Este artículo contiene lo más importante de lo que dimos en nuestro seminario durante los dos primeros trimestres del año de enseñanza 1955-56; queda pues excluido el tercero. Aparecido en *la Psychanalyse*, vol. 4.

Las tentativas siempre renovadas de corregir sus resultados por los contrapeos variados del afecto deben efectivamente seguir siendo vanas mientras se omite preguntar si es realmente el mismo sujeto el que es afectado por ellos.

2. Es la pregunta que en los bancos de la escuela (con *e* minúscula) se aprende a eludir de una vez por todas: puesto que incluso admitiendo las alternancias de identidad del *percipiens*, su función constituyente de la unidad del *perceptum* no se discute. Desde ese momento la diversidad de estructura del *perceptum* sólo afecta en el *percipiens* una diversidad de registro, en último análisis la de los *sensoriums*. De derecho esta diversidad es siempre superable, si el *percipiens* se mantiene a la altura de la realidad.

Por eso aquellos a quienes cabe el cargo de responder a la pregunta que plantea la existencia del loco no han podido evitar interponer entre ella y ellos esos bancos de la escuela, cuya muralla les ha parecido en esta ocasión propicia para mantenerlos al abrigo.

Nos atrevemos efectivamente a meter en la misma bolsa, si puede decirse, todas las posiciones, sean mecanicistas o dinamistas en la materia, sea en ellas la génesis del organismo o del psiquismo, y la estructura de la desintegración o del conflicto, sí, todas, por ingeniosas que se muestren, por cuanto en nombre del hecho, manifiesto, de que una alucinación es un *perceptum* sin objeto, esas posiciones se atienen a pedir razón al *percipiens* de ese *perceptum*, sin que a nadie se le ocurra que en esa pesquisa se salta un tiempo, el de interrogarse sobre si el *perceptum* mismo deja un sentido unívoco al *percipiens* aquí conminado a explicarlo.

Este tiempo debería parecer sin embargo legítimo a todo examen no prevenido de la alucinación verbal, por el hecho de que no es reductible, como vamos a verlo, ni a un *sensorium* particular ni sobre todo a un *percipiens* en cuanto que le daría su unidad.

Es un error, en efecto, considerarla como auditiva por su naturaleza, cuando es concebible en última instancia que no lo sea en ningún grado (en un sordomudo por ejemplo, o en un registro cualquiera no auditivo de diletreo alucinatorio), pero sobre todo si se considera que el acto de oír no es el mismo según que apunte a la coherencia de la cadena verbal, especialmente a su sobredeterminación en cada instante por el efecto a *posteriori* de su secuencia, así como también a la suspensión en cada instante de su valor en el advenimiento de un sentido siempre pronto a ser aplazado — o según que se acomode en la palabra a la modulación sonora a tal fin de análisis acústico: tonal o fonético, incluso de potencia musical.

Estos recordatorios muy abreviados bastarían para hacer valer la diferencia de las subjetividades interesadas en la mira del *perceptum* (y cómo se la descubre en el interrogatorio de los enfermos y la nosología de las “voces”).

Pero podría pretenderse reducir esta diferencia a un nivel de objetivación en el *percipiens*.

No hay nada de esto sin embargo. Porque es en el nivel donde la “síntesis” subjetiva confiere su pleno sentido a la palabra donde el sujeto muestra todas las paradojas de que es paciente en esa percepción singular. Que estas paradojas aparecen ya cuando es el otro el que profiere la palabra, es cosa que queda bastante manifiesta en el sujeto por la posibilidad de obedecer a ella en cuanto que gobierna su escucha y su puesta en guardia, pues con sólo entrar en contacto con su audición, el sujeto cae bajo el efecto de una sugestión de la que sólo escapa reduciendo al otro a no ser sino el portavoz de un discurso que no es de él o de una intención que mantiene en él en reserva.

Pero más notable aún es la relación del sujeto con su propia palabra, donde lo importante está más bien enmascarado por el hecho puramente acústico de que no podría hablar sin oírse. Que no pueda escucharse sin dividirse es cosa que tampoco tiene nada de privilegiado en los comportamientos de la conciencia. Los clínicos han dado un paso mejor al descubrir la alucinación motriz verbal por detección de movimientos fonatorios esbozados. Pero no por ello han articulado dónde reside el punto crucial: es que, dado que el *sensorium* es indiferente en la producción de una cadena signifiante:

1º ésta se impone por sí misma al sujeto en su dimensión de voz;

2º toma como tal una realidad proporcional al tiempo, perfectamente observable en la experiencia, que implica su atribución subjetiva;

3º su estructura propia en cuanto signifiante es determinante en esa atribución que, por regla, es distributiva, es decir, con varias voces, y que plantea pues, como tal, al *percipiens*, pretendidamente unificador, como equívoco.

3. Ilustraremos lo que acaba de enunciarse con un fenómeno desgajado de una de nuestras presentaciones clínicas del año 1955-56, o sea, el año mismo del seminario cuyo trabajo evocamos aquí. Digamos que semejante hallazgo no puede ser sino el premio de una sumisión completa, aun cuando sea advertida, a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo, posiciones que son demasiado a menudo forzadas al reducirlas en el diálogo al proceso mórbido, reforzando entonces la dificultad de penetrarlas con una reticencia provocada no sin fundamento en el sujeto.

Se trataba en efecto de uno de esos delirios de dos cuyo tipo hemos mos-

trado desde hace mucho en la pareja madre-hija, y en el que el sentimiento de intrusión, desarrollado en un delirio de vigilancia, no era sino el desarrollo de la defensa propia de un binario afectivo, abierto como tal a cualquier alienación.

Fue la hija la que, en el curso de nuestro examen, nos adelantó como prueba de las injurias con que las dos tropezaban de parte de sus vecinos un hecho referente al amigo de la vecina que se suponía que las hostigaba con sus ataques, después de que tuvieron que poner fin con ella a una intimidad acogida con complacencia al principio. Ese hombre, implicado por lo tanto en la situación de manera indirecta, y figura por lo demás bastante borrosa en los alegatos de la enferma, había lanzado, si habíamos de creerla, dirigido a ella, cuando se cruzaban en el pasillo, el término grosero: “¡Marrana!”.

Ante lo cual nosotros, poco inclinados a reconocer en él la retorsión de un “¡Cerdo!” demasiado fácil de extrapolar en nombre de una proyección que no representa nunca en semejante caso sino la del psiquiatra, le preguntamos simplemente lo que en ella misma había podido proferir el instante anterior. No sin éxito: pues nos concedió con una sonrisa haber murmurado en efecto ante la vista del hombre estas palabras de las cuales, según ella, no tenía por qué ofenderse: “Vengo del fiambrero...”.

¿A quién apuntaban? Le era bien difícil decirlo, y nos daba así derecho a ayudarla. En cuanto a su sentido textual, no podremos descuidar el hecho entre otros de que la enferma había dejado de la manera más repentina a su marido y a su familia política y dado así a un matrimonio reprobado por su madre un desenlace que quedó en lo sucesivo sin epílogo, a partir de la convicción a que había llegado de que esos campesinos se proponían, nada menos, para acabar con esa floja ciudadana, despedazarla concienzudamente.

Qué importa sin embargo que haya que recurrir o no al fantasma del cuerpo fragmentado para comprender cómo la enferma, prisionera de la relación dual, responde de nuevo aquí a una situación que la rebasa.

Para nuestro fin presente basta con que la enferma haya confesado que la frase era alusiva, sin que pueda con todo mostrar otra cosa sino perplejidad en cuanto a captar hacia quién de los copresentes o de la ausente apuntaba la alusión, pues aparece así que el *yo* [*je*], como sujeto de la frase en estilo directo, dejaba en suspenso, conforme a su función llamada de *shifter* en lingüística,² la designación del sujeto hablante mientras la alusión, en su inten-

2 Roman Jakobson toma este término de Jespersen para designar esas palabras del código que sólo toman sentido por las coordenadas (atribución, fechado, lugar de emisión) del mensaje. Referidas a la clasificación de

ción conjuratoria sin duda, quedase a su vez oscilante. Esa incertidumbre llegó a su fin, una vez pasada la pausa, con la aposición de la palabra “marrana”, demasiado pesada de invectiva, por su parte, para seguir isocrónicamente la oscilación. Así es como el discurso acabó por realizar su intención de rechazo en la alucinación. En el lugar donde el objeto indecible es rechazado en lo real, se deja oír una palabra, por el hecho de que, ocupando el lugar de lo que no tiene nombre, no ha podido seguir la intención del sujeto sin desprenderse de ella por medio del guión de la réplica: oponiendo su antistrofa de depreciación al refunfuño de la estrofa restituida desde ese momento a la paciente con el índice del yo (*je*), y reuniéndose en su opacidad con las jaculatorias del amor, cuando, ante la escasez de significante para llamar al objeto de su epitalmio, usa para ello del expediente de lo imaginario más crudo. “Te como... —¡Bombón!”. “Te desmayas... —¡Ratoncito!”

4. Este ejemplo sólo se promueve aquí para captar en lo vivo que la función de irrealización no está toda en el símbolo. Pues para que su irrupción en lo real sea indudable, basta con que éste se presente, como es común, bajo forma de cadena rota.³

Se toca en ello también ese efecto que tiene todo significante una vez percibido de suscitar en el *percipiens* un asentimiento hecho del despertar de la duplicidad oculta del segundo por la ambigüedad manifiesta del primero.

Por supuesto todo esto puede ser considerado como efectos de espejismo en la perspectiva clásica del sujeto unificador.

Es notable únicamente que esa perspectiva, reducida a sí misma, no ofrezca sobre la alucinación por ejemplo más que puntos de vista de una pobreza tal, que el trabajo de un loco, sin duda tan notable como muestra ser el Presidente Schreber en sus *Memorias de un neurópata*,⁴ puede, después de ha-

Peirce, son símbolos-índices. Los pronombres personales son su ejemplo eminente: sus dificultades de adquisición como sus déficit funcionales ilustran la problemática engendrada por esos significantes en el sujeto.

(Roman Jakobson, *Shifters, verbal categories, and the russian verb*, Russian Language Project, Department of Slavic Languages and Literatures. Harvard University, 1957. [“Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso”, en *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975. AS].)

3 Cf. el seminario del 8 de febrero de 1956 en el que desarrollamos el ejemplo de la vocalización “normal” de: *la paix du soir* [“la paz de la noche”].

4 *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken, von Dr. jur. Daniel-Paul Schreber, Senätspräsident beim kgl. Oberlandesgericht Dresden a. D.- Oswald Mutze in, Leipzig, 1903* [*Memorias de un enfermo nervioso*, Buenos Aires, C. Lohlé, 1979], del que preparamos la traducción francesa para uso de nuestro grupo.

ber recibido la mejor acogida, desde antes de Freud, por parte de los psiquiatras, ser considerado incluso después de él como un volumen digno de proponerse para iniciarse en la fenomenología de la psicosis, y no sólo al principiante.⁵

En cuanto a nosotros, nos proporcionó la base de un análisis de estructura, cuando, en nuestro seminario del año 1955-1956 sobre las estructuras freudianas en las psicosis, reanudamos, siguiendo el consejo de Freud, su examen.

La relación entre el significante y el sujeto, que ese análisis descubre, se encuentra, como se ve en este exordio, desde el aspecto de los fenómenos, si, regresando de la experiencia de Freud, se sabe el punto adonde conduce.

Pero este arranque del fenómeno, convenientemente proseguido, volvería a encontrarse con ese punto, como fue el caso para nosotros cuando un primer estudio de la paranoia nos llevó hace treinta años al umbral del psicoanálisis.⁶

En ningún sitio en efecto está más fuera de propósito la concepción falaz de un proceso psíquico en el sentido de Jaspers, del que el síntoma no sería sino el índice, que en el abordamiento de la psicosis, porque en ningún sitio el síntoma, si se sabe leerlo, está más claramente articulado en la estructura misma.

Lo cual nos impondrá definir este proceso por los determinantes más radicales de la relación del hombre con el significante.

5. Pero no hace falta estar en ésas para interesarse en la variedad bajo la cual se presentan las alucinaciones verbales en las *Memorias* de Schreber, ni para reconocer en ellas diferencias muy otras que aquellas en que se las clasifica “clásicamente”, según su modo de implicación en el *percipiens* (el grado de su “creencia”) o en la realidad de aqueste (la “auditivación”): a saber, antes

5 Es sobre todo la opinión que expresa el autor de la traducción inglesa de esas *Memorias*, aparecida el año de nuestro seminario (cf. *Memoirs of my nervous illness*, trad. de Ida Macalpine y Richard Hunter, W. M. Dawson and Sons, Londres), en su introducción, p. 25. Da cuenta en el mismo lugar de la fortuna del libro, pp. 6-10.

6 Es nuestra tesis de doctorado en medicina, intitulada: *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, que nuestro maestro Heuyer, escribiendo a nuestra persona, juzgó muy pertinentemente en estos términos: Una golondrina no hace verano, añadiendo a propósito de nuestra bibliografía: Si ha leído usted todo eso, lo compadezco. Lo había leído todo, en efecto.

bien las diferencias que consisten en su estructura de palabra, en cuanto que esta estructura está ya en el *perceptum*.

Si se considera únicamente el texto de las alucinaciones, se establece en ellas de inmediato una distinción para el lingüista entre fenómenos de código y fenómenos de mensaje.

A los fenómenos de código pertenecen en este enfoque las voces que hacen uso de la *Grundsprache*, que traducimos por lengua-de-fondo, y que Schreber describe (S. 13-1)⁷ como “un alemán un tanto arcaico, pero siempre riguroso, que se señala muy especialmente por su gran riqueza en eufemismos”. En otro lugar (S. 167-xii) se refiere con nostalgia “a su forma auténtica por sus rasgos de noble distinción y de sencillez”.

Esta parte de los fenómenos está especificada en locuciones neológicas por su forma (palabras compuestas nuevas, pero composición aquí conforme a las reglas de la lengua del paciente) y por su empleo. Las alucinaciones informan al sujeto sobre las formas y los empleos que constituyen el neocódigo: el sujeto les debe, por ejemplo, en primer lugar, la denominación de *Grundsprache* para designarlo.

Se trata de algo bastante vecino a esos mensajes que los lingüistas llaman *autónimos* por cuanto es el significante mismo (y no lo que significa) lo que constituye el objeto de la comunicación. Pero esta relación, singular pero normal, del mensaje consigo mismo se redobra aquí con el hecho de que esos mensajes se supone que están soportados por seres cuyas relaciones enuncian ellos mismos en modos que muestran ser muy análogos a las conexiones del significante. El término *Nervenanhang*, que traducimos por “anexión-de-nervios” y que proviene también de esos mensajes, ilustra esta observación por cuanto pasión y acción entre esos seres se reducen a esos nervios anexados o desanexados, pero también por cuanto éstos, al igual que los rayos divinos (*Gottesstrahlen*), a los que son homogéneos, no son otra cosa sino la entificación de las palabras que soportan (S. 130-x: lo que las voces formulan: “No olvide que la naturaleza de los rayos es que deben hablar”).

Relación aquí del sistema con su propia constitución de significante que habría que remitir al expediente de la cuestión del metalenguaje, y que tiende en nuestra opinión a demostrar la impropiedad de esa noción si apuntase a definir elementos diferenciados en el lenguaje.

⁷ Los paréntesis que comprenden la letra S seguida de cifras (respectivamente árabe y romana) se emplearán en este texto para remitir a la página y al capítulo correspondiente de las *Denkwürdigkeiten* en la edición original, foliación muy felizmente indicada en los márgenes de la traducción inglesa.

Observamos por otra parte que nos encontramos aquí en presencia de esos fenómenos que han sido llamados erróneamente intuitivos, por el hecho de que el efecto de significación se adelanta en ellos al desarrollo de ésta. Se trata de hecho de un efecto del significante, por cuanto su grado de certidumbre (grado segundo: significación de significación) toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta primeramente en el lugar de la significación misma.

Lo divertido en este caso es que en la misma medida en que para el sujeto esta alta tensión del significante llega a caer, es decir, que las alucinaciones se reducen a estribillos, a monsergas, cuya vaciedad se imputa a seres sin inteligencia ni personalidad, incluso francamente borrados del registro del ser, que en esa misma medida, decíamos, las voces manifiestan la *Seelenauffassung*, la concepción-de-las-almas (según la lengua fundamental), concepción que se manifiesta en un catálogo de pensamientos que no es indigno de un libro de psicología clásica. Catálogo ligado en las voces a una intención pedante, lo cual no impide al sujeto aportar a él los comentarios más pertinentes. Observemos que en esos comentarios la fuente de los términos es siempre cuidadosamente distinguida, por ejemplo que si el sujeto emplea la palabra *Instanz* (S. nota de 30-II. Conf. notas de 11 a 21-I), subraya en nota: esta palabra es mía.

Así, no se le escapa la importancia primordial de los pensamientos-de-memoria (*Erinnerungsgedanken*) en la economía psíquica, e indica inmediatamente la prueba de esto en el uso poético y musical del estribillo moduladorio.

Nuestro paciente, que califica inapreciablemente esa “concepción de las almas” como “la representación un tanto idealizada que las almas se han formado de la vida y del pensamiento humano” (S. 164-XII), cree gracias a ella haber “logrado visiones sobre la esencia del proceso del pensamiento y del sentimiento en el hombre que muchos psicólogos podrían envidiarle” (S. 167-XII).

Se lo concedemos de buen grado, tanto más cuanto que a diferencia de ellos, estos conocimientos cuyo alcance él aprecia con tanto buen humor, no se imagina haberlos recibido de la naturaleza de las cosas, y que, si cree deber sacar ventaja de ellos, es, acabamos de indicarlo, a partir de un análisis semántico.⁸

8 Anotemos que nuestro homenaje aquí no hace sino prolongar el de Freud, que no tiene escrúpulos en reconocer en el delirio mismo de Schreber una anticipación de la teoría de la libido (*G. W.*, VIII, p. 315 [“Sobre un caso de paranoia...”, A. XII, p. 72]).

Pero para retomar el hilo, pasemos a los fenómenos que opondremos a los precedentes como fenómenos de mensaje.

Se trata de los mensajes interrumpidos, en los que se sostiene una relación entre el sujeto y su interlocutor divino a la que dan la forma de un *challenge* o de una prueba de resistencia.

La voz del interlocutor limita en efecto los mensajes de que se trata a un comienzo de frase cuyo complemento de sentido no presenta por lo demás dificultad alguna para el sujeto, salvo por su lado hostigante, ofensivo, las más de las veces de una inepticia cuya naturaleza es como para desalentarlo. La valentía de que da pruebas para no desmayar en su réplica, incluso para desarmar las trampas a las que lo inducen, no es lo menos importante para nuestro análisis del fenómeno.

Pero nos detendremos aquí también en el texto mismo de lo que podríamos llamar la provocación (o mejor la prótasis) alucinatoria. De semejante estructura el sujeto nos da los ejemplos siguientes (S. 217-XVI): 1] *Nun will ich mich* (ahora me voy a...); 2] *Sie sollen nämlich...* (debe usted por su parte...); 3] *Das will ich mir...* (Voy a...), para atenernos a éstos —a los cuales debe replicar con su suplemento significativo, para él nada dudoso, a saber: 1º rendirme al hecho de que soy idiota; 2º por su parte, ser expuesto (palabra de la lengua fundamental) como negador de Dios y dado a un libertinaje voluptuoso, para no hablar de lo demás; 3º pensarlo bien.

Puede observarse que la frase se interrumpe en el punto donde termina el grupo de las palabras que podríamos llamar términos-índice, o sea, aquellos a los que su función en el significante designa, según el término empleado más arriba, como *shifters*, o sea, precisamente los términos que, en el código, indican la posición del sujeto a partir del mensaje mismo.

Después de lo cual la parte propiamente léxica de la frase, dicho de otro modo, la que comprende las palabras que el código define por su empleo, ya se trate del código común o del código delirante, queda elidida.

¿No es notable la predominancia de la función del significante en esos dos órdenes de fenómenos?, ¿no incita incluso a buscar lo que hay en el fondo de la asociación que constituyen: de un código constituido de mensajes sobre el código, y de un mensaje reducido a lo que en el código indica el mensaje?

Todo esto necesitaría trasladarse con el mayor cuidado a un grafo,⁹ en el que intentamos ese año mismo representar las conexiones internas al significante en cuanto que estructuran al sujeto.

9 Cf. p. 769.

Pues hay allí una topología que es enteramente distinta de la que podría hacernos imaginar la exigencia de un paralelismo inmediato de la forma de los fenómenos con sus vías de conducción en el neuroeje.

Pero esta topología, que está en la línea inaugurada por Freud, cuando emprendió, después de haber abierto con los sueños el campo del inconsciente, la descripción de su dinámica, sin sentirse ligado a ninguna preocupación de localización cortical, es precisamente lo que mejor puede preparar las preguntas con que se interrogará la superficie de la corteza.

Pues sólo después del análisis lingüístico del fenómeno de lenguaje puede establecerse legítimamente la relación que constituye en el sujeto y con ello mismo delimitar el orden de las “máquinas” (en el sentido puramente asociativo que tiene este término en la teoría matemática de las redes) que pueden realizar ese fenómeno.

No es menos notable que sea la experiencia freudiana la que haya inducido al autor de estas líneas en la dirección aquí presentada. Pasemos pues a lo que aporta esa experiencia en nuestra cuestión.

II. DESPUÉS DE FREUD

1. ¿Qué nos ha aportado Freud aquí? Entramos en materia afirmando que, para el problema de la psicosis, esa aportación había desembocado en una recaída.

Es inmediatamente sensible en el simplismo de los resortes que se invocan en concepciones que se reducen todas a este esquema fundamental: ¿cómo hacer pasar lo interior a lo exterior? El sujeto en efecto podrá aquí englobar cuanto quiera un Ello opaco, de todos modos es en cuanto *yo*, es decir, de manera enteramente expresada en la orientación psicoanalítica presente, en cuanto ese mismo *percipiens* imbatible, como se lo invoca en la motivación de la psicosis. Ese *percipiens* tiene completo poder sobre su correlativo no menos incambiado: la realidad, y el modelo de ese poder se toma en un dato accesible a la experiencia común, el de la proyección afectiva.

Pues las teorías presentes se recomiendan por el modo absolutamente acrítico en que ese mecanismo de la proyección se pone en uso en ellas. Todo lo objeta y nada lo apoya sin embargo, y menos que nada la evidencia clínica de que no hay nada en común entre la proyección afectiva y sus pretendidos efectos delirantes, entre los celos del infiel y los del alcohólico por ejemplo.

Que Freud, en su ensayo de interpretación del caso del presidente Schreber, que se lee mal cuando se lo reduce a las monsergas que siguieron, em-

plea la forma de una deducción gramatical para presentar en ella el empalme de la relación con el otro en la psicosis, o sea, los diferentes medios de negar la proposición: Lo amo, de donde se sigue que ese juicio negativo se estructura en dos tiempos: el primero, la inversión del valor del verbo: Lo odio, o de inversión del género del agente o del objeto: no soy yo, o bien no es él, es ella (o inversamente); el segundo de interversión de los sujetos: él me odia, es a ella a quien ama, es ella quien me ama —los problemas lógicos formalmente implicados en esa deducción no retienen la atención de nadie.

Es más: que Freud en ese texto deseche expresamente el mecanismo de la proyección como insuficiente para dar cuenta del problema, para entrar en ese momento en un larguísimo, detallado y sutil desarrollo sobre la represión, ofreciendo sin embargo asideros a nuestro problema, digamos únicamente que éstos siguen perfilándose inviolados por encima del polvo removido del solar psicoanalítico.

2. Freud aportó más tarde la *Introducción al narcisismo*. Ha servido para el mismo uso, para un bombeo, aspirante e impelente al capricho de los tiempos del teorema, de la libido por el *percipiens*, el cual es apto así para inflar y desinflar una realidad vejiga.

Freud daba la primera teoría del modo según el cual el yo se constituye a partir del otro en la nueva economía subjetiva, determinada por el inconsciente: se respondía a esto aclamando en ese *yo* el reencuentro del buen viejo *percipiens* a toda prueba y de la función de síntesis.

¿Cómo asombrarse de que el único provecho que se haya sacado para la psicosis haya sido la promoción definitiva de la noción de *pérdida de la realidad*?

No es eso todo. En 1924, Freud escribe un artículo incisivo: “La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis”, en el que vuelve a llamar la atención sobre el hecho de que el problema no es el de la pérdida de la realidad, sino del resorte de lo que la sustituye. Discurso a los sordos, puesto que el problema está resuelto; el almacén de los accesorios está en el interior, y se los va sacando según las necesidades.

De hecho tal es el esquema con que incluso el señor Katan, en sus estudios en que vuelve tan atentamente a las etapas de la psicosis en Schreber, guiado por su preocupación de penetrar en la fase prepsicótica, se satisface, cuando muestra la defensa contra la tentación instintual, contra la masturbación y la homosexualidad en ese caso, para justificar el surgimiento de la fantasmagoría alucinatoria, telón interpuesto por la operación del *percipiens* entre la tendencia y su estimulante real.

¡Cómo nos habría aliviado esa simplicidad en una época, si hubiéramos estimado que debería bastar para el problema de la creación literaria en la psicosis!

3. Sea como sea, ¿qué problema pondría todavía obstáculo al discurso del psicoanálisis, cuando la implicación de una tendencia en la realidad responde de la regresión de su pareja? ¿Qué podría cansar a unos espíritus que se avienen a que les hablen de la regresión, sin que se distinga la regresión en la estructura, la regresión en la historia y la regresión en el desarrollo (distinguidas por Freud en cada ocasión como tópica, temporal o genética)?

Renunciamos a demorarnos aquí en el inventario de la confusión. Está sobado para aquellos a quienes formamos y no interesaría a los otros. Nos contentaremos con proponer a su meditación común el efecto de extrañeza que produce, a la mirada de una especulación que se ha consagrado a dar vueltas en redondo entre desarrollo y entorno, la única mención de los rasgos que son sin embargo la armazón del edificio freudiano: a saber, la equivalencia mantenida por Freud de la función imaginaria del falo en los dos sexos (desesperación durante mucho tiempo de los aficionados a las falsas ventanas “biológicas”, es decir, naturalistas), el complejo de castración encontrado como fase normativa del acto de asumir el sujeto su propio sexo, el mito del asesinato del padre hecho necesario por la presencia constituyente del complejo de Edipo en toda historia personal, y, *last but not...*, el efecto de desdoblamiento que lleva a la vida amorosa la instancia misma repetitiva del objeto reencontrable siempre en cuanto único. ¿Será necesario recordar además el carácter profundamente disidente de la noción de la pulsión en Freud, la disyunción de principio de la tendencia, de su dirección y de su objeto, y no sólo su “perversión” original, sino su implicación en una sistemática conceptual, aquella cuyo lugar marcó Freud, desde los primeros pasos de su doctrina, bajo el título de teorías sexuales de la infancia?

¿No se ve que estamos desde hace mucho tiempo lejos de todo esto en un naturismo educativo que no tiene más principio que la noción de gratificación y su contrapartida: la frustración, no mencionada por ninguna parte en Freud?

Sin duda las estructuras reveladas por Freud siguen sosteniendo no sólo en su plausibilidad, sino en su maniobra los vagos dinamismos con que el psicoanálisis de hoy pretende orientar su flujo. Una técnica deshabitada se supone incluso que sería por ello mismo más capaz de “milagros” —si no fuese

el conformismo por añadidura que reduce sus efectos a los de una mezcla de sugestión social y de superstición psicológica.

4. Es incluso notable que nunca se manifieste una exigencia de rigor sino en personas a las que el curso de las cosas mantiene por algún lado fuera de este concierto, tal como la señora Ida Macalpine, que nos pone en el predicamento de maravillarnos de encontrar, leyéndola, un espíritu firme.

Su crítica del *cliché* que se confina en el factor de la represión de una pulsión homosexual, por lo demás enteramente indefinida, para explicar la psicosis, es magistral, y lo demuestra a saciedad en el caso mismo de Schreber. La homosexualidad, supuesta determinante de la psicosis paranoica, es propiamente un síntoma articulado en su proceso.

Ese proceso está iniciado desde hace mucho tiempo en el momento en que su primer signo aparece en Schreber bajo el aspecto de una de esas ideas hipnopómpicas, que en su fragilidad nos presentan especies de tomografías del *yo*, idea cuya función imaginaria nos es suficientemente indicada en su forma: que sería *bello* ser una mujer que está sufriendo el acoplamiento.

La señora Ida Macalpine, si abre aquí una justa crítica, acaba sin embargo por desconocer que Freud, si pone hasta ese punto el acento sobre la cuestión homosexual, es ante todo para demostrar que condiciona la idea de grandeza en el delirio, pero que más esencialmente Freud denuncia en ello el modo de alteridad según el cual se opera la metamorfosis del sujeto, dicho de otra manera, el lugar donde se suceden sus “transferencias” delirantes. Más le hubiera valido fiarse de la razón por la que Freud también aquí se obstina en una referencia al Edipo que ella no encuentra de su agrado.

Esta dificultad la hubiera llevado a descubrimientos que nos hubieran esclarecido con seguridad, pues todo queda todavía por decir sobre la función de lo que se llama el Edipo invertido. La señora Macalpine prefiere rechazar aquí todo recurso al Edipo, para sustituirlo por un fantasma de procreación, que se observa en el niño de los dos sexos, y esto bajo la forma de fantasmas de embarazo, que ella considera además como ligados a la estructura de la hipocondría.¹⁰

10 Quien quiere probar demasiado se extravía. Así, la señora Macalpine, por lo demás bien inspirada cuando se detiene en el carácter, anotado por el paciente mismo como demasiado persuasivo (S. 39-IV), de la invigoriación sugestiva a la que se entrega el profesor Flechsig (del que todo nos indica que era más calmado de ordinario) frente a Schreber en cuanto a las promesas de la cura de sueño que le propone, la señora Macalpine, decíamos,

Este fantasma es en efecto esencial, y observaré incluso aquí que el primer caso en que obtuve ese fantasma en un hombre fue por una vía que marcó una fecha en mi carrera, y que no era ni un hipocondríaco, ni un histérico.

Ese fantasma siente ella incluso finamente, *mirabile* para los tiempos que corren, la necesidad de ligarlo a una estructura simbólica. Pero para encontrar ésta fuera del Edipo, va a buscar referencias etnográficas cuya asimilación medimos mal en su escrito. Se trata del tema “heliolítico”, del que uno de los adalides más eminentes de la escuela difusionista inglesa se ha hecho defensor. Conocemos el mérito de esas concepciones, pero no nos parece en absoluto que apoyen la idea que la señora Macalpine pretende dar de una procreación asexual como de una concepción “primitiva”.¹¹

El error de la señora Macalpine se juzga por lo demás, por el hecho de que llega al resultado más opuesto a lo que busca.

Al aislar un fantasma en una dinámica que ella califica de intrapsíquica, según una perspectiva que abre sobre la noción de la transferencia, llega al resultado de designar en la incertidumbre del psicótico respecto de su propio sexo el punto sensible donde debe ejercerse la intervención del analista, oponiendo los felices efectos de esta intervención al otro, catastrófico, constantemente observado, en efecto, en los psicóticos, de toda sugestión en el sentido del reconocimiento de una homosexualidad latente.

Ahora bien, la incertidumbre en lo que hace al sexo propio es precisamente un rasgo banal en la histeria, cuyas usurpaciones en el diagnóstico denuncia la señora Macalpine.

Es que ninguna formación imaginaria es específica,¹² ninguna es determinante ni en la estructura, ni en la dinámica de un proceso. Y por eso se con-

interpreta largamente los temas de procreación que considera como sugeridos por ese discurso (v. *Memoirs...*, Discusión, p. 396, líneas 12 y 21), apoyándose en el empleo del verbo *to deliver* para designar el efecto esperado del tratamiento sobre sus perturbaciones, así como en el del adjetivo *prolific* con que traduce, forzándolo mucho por lo demás, el término alemán: *ausgiebig*, aplicado al sueño en cuestión. Pero el término *to deliver*, por su parte, no es de discutirse en cuanto a lo que traduce, por la simple razón de que no hay nada que traducir. Nos hemos frotado los ojos ante el texto alemán. El verbo ha sido simplemente olvidado por el autor o por el tipógrafo, y la señora Macalpine, en su esfuerzo de traducción, nos lo ha restituido sin saberlo. ¡Cómo no encontrar bien merecida la dicha que la embarga más tarde al encontrárselo tan conforme con sus deseos!

11 Macalpine, *op. cit.*, p. 361 y pp. 379-380.

12 Preguntamos a la señora Macalpine (v. *Memoirs...*, pp. 391-392) si la cifra 9, en cuanto que está implicada en duraciones tan diversas como los plazos de 9 horas, de 9 días, de 9 meses, de 9 años, que nos hace surgir a la vuelta de

dena uno a errar una y otra vez cuando con la esperanza de alcanzarlas mejor, se decide que importa un bledo la articulación simbólica que Freud descubrió al mismo tiempo que el inconsciente, y que le es efectivamente consustancial: es la necesidad de esta articulación la que nos significa en su referencia metódica al Edipo.

5. ¿Cómo imputar a la señora Macalpine la fechoría de este desconocimiento, puesto que, por no haber sido disipado, ha ido acrecentándose sin cesar en el psicoanálisis?

Ésta es la razón de que por una parte los psicoanalistas se vean reducidos, para definir la escisión mínima, perfectamente exigible, entre la neurosis y la psicosis, a atenerse a la responsabilidad del *yo* para con la realidad: que es lo que nosotros llamamos dejar el problema de la psicosis en el *statu quo ante*.

Un punto quedaba sin embargo designado muy precisamente como el puente de la frontera entre los dos dominios.

Han hecho incluso de él el caso más desmesurado a propósito de la cuestión de la transferencia en la psicosis. Sería faltar a la caridad reunir aquí lo que se ha dicho sobre ese tema. Veamos únicamente en ello la ocasión de rendir homenaje al espíritu de la señora Ida Macalpine, cuando resume una posición perfectamente conforme con el genio que se despliega actualmente en el psicoanálisis en estos términos: en suma los psicoanalistas afirman estar en situación de curar la psicosis en todos los casos en que no se trata de una psicosis.¹³

Éste es el punto sobre el que Midas, legislando un día sobre las indicaciones del psicoanálisis, se expresó en estos términos: “¡Es claro que el psicoanálisis sólo es posible con un sujeto para quien hay otro!”. Y Midas atravesó el

todas las esquinas de la anamnesis del paciente, para volver a encontrarla en la hora del reloj a la que su angustia ha remitido el inicio de la cura de sueño evocada más arriba, y hasta en la vacilación entre 4 y 5 días renovada varias veces en un mismo periodo de su rememoración personal, debe concebirse como formando parte como tal, es decir, como símbolo de la relación imaginaria aislada por ella como fantasma de procreación. La pregunta interesa a todo el mundo, pues difiere del uso que hace Freud en *Historia de una neurosis infantil (El hombre de los lobos)* de la forma de la cifra V que se supone conservada de la punta de la aguja sobre el reloj durante una escena percibida a la edad de un año y medio, para volver a encontrarla en el batir de alas de la mariposa, las piernas abiertas de una chica, etcétera.

13 Leer *op. cit.*, su introducción, pp. 13-19.

puente ida y vuelta confundiéndolo con un baldío. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo, puesto que no sabía que allí estaba el río?

El término otro, inaudito hasta entonces por el pueblo psicoanalista, no tenía para él otro sentido que el murmullo de juncos.

III. CON FREUD

1. Es de llamar la atención que una dimensión que se hace sentir como la de Otra-cosa en tantas experiencias que los hombres viven, netamente no sin pensar en ellas, antes bien pensando en ellas, pero sin pensar que piensan, y como Telémaco pensando en el gasto, no haya sido pensada nunca hasta ser dicha congruentemente por aquellos a quienes la idea de pensamiento les da la seguridad de pensar.

El deseo, el hastío, el enclaustramiento, la rebeldía, la oración, la vigilia (quisiera que se hiciese alto en ésta puesto que Freud se refiere a ella expresamente por la evocación en la mitad de su Schreber de un pasaje del *Zarathustra* de Nietzsche),¹⁴ el pánico, en fin, están ahí para darnos testimonio de la dimensión de ese Otro sitio, y para llamar sobre él nuestra atención, no digo en cuanto simples estados de ánimo que el piensalascallando [*pense-sans-rire*] puede poner en su sitio, sino mucho más considerablemente en cuanto principios permanentes de las organizaciones colectivas, fuera de las cuales no parece que la vida humana pueda mantenerse mucho tiempo.

Sin duda no está excluido que el piensa-en-pensar más pensable, pensando ser él mismo esa Otra-cosa, haya podido siempre tolerar difícilmente esa eventual competencia.

Pero esa aversión se vuelve enteramente clara una vez hecha la juntura conceptual, en la que nadie había pensado todavía, de ese Otro sitio con el lugar, presente para todos y cerrado a cada uno, donde Freud descubrió que sin que se piense en él, y por lo tanto sin que ninguno pueda pensar que piensa en él mejor que otro, “ello” piensa.¹⁵ “Ello” piensa más bien mal, pero piensa duro:

14 Antes de la salida del sol, *Vor Sonnenaufgang: Also sprach Zarathustra*, tercera parte. Es el 4º canto de esta tercera parte.

15 [*Ça pense*. Expresión por expresión, sería más parecido el giro: “la cosa piensa”; pero la palabra “cosa” se prestaría a interpretaciones totalmente fuera de lugar aquí; *ça pense* es una especie de impersonal, que en español sólo podría sugerirse con una construcción sin sujeto, pero “piensa” a secas sería incomprensible. TS]

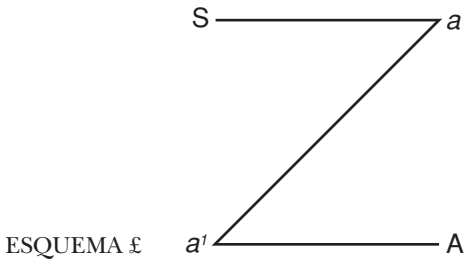
pues es en estos términos como nos anuncia el inconsciente: pensamientos que, si sus leyes no son del todo las mismas que las de nuestros pensamientos de todos los días nobles o vulgares, están perfectamente articulados.

No hay ya modo por lo tanto de reducir ese Otro sitio a la forma imaginaria de una nostalgia, de un Paraíso perdido o futuro; lo que se encuentra allí es el paraíso de los amores infantiles, donde ¡baudelérame Dios! pasa cada cosa...¹⁶

Por lo demás, si nos quedara una duda, Freud nombró el lugar del inconsciente con un término que le había impresionado en Fechner (el cual no es de ninguna manera en su experimentalismo el realista que nos sugieren nuestros manuales): *ein andere Schauplatz*, otro escenario; lo repite veinte veces en sus obras inaugurales.

Una vez que esta aspersión de agua fresca, así lo esperamos, ha reanimado a los espíritus, pasemos a la formulación científica de la relación con ese Otro del sujeto.

2. Aplicaremos, “para fijar las ideas” y las almas aquí en pena, aplicaremos dicha relación en el esquema £ ya presentado y aquí simplificado:



que significa que la condición del sujeto S (neurosis o psicosis) depende de lo que tiene lugar en el Otro A.* Lo que tiene lugar allí es articulado como un discurso (el inconsciente es el discurso del Otro), del que Freud buscó

16 [El autor emplea un juego de palabras ligeramente diferente: “*baudelaire de Dieu!*”. Las palabras precedentes aluden a la frase de Baudelaire: “...*le vert paradis des amours enfantines*”. TS]

* [Recuérdese, en lo que sigue, lo dicho en la “Nota del director de la colección”, al principio del tomo I, acerca de las A y las a, iniciales de *Autre* (= Otro) y *autre* (= otro), promovidas por Lacan a la condición de signos algebraicos. AS]

primero definir la sintaxis por los trozos que en momentos privilegiados, sueños, lapsus, rasgos de ingenio, nos llegan de él.

En ese discurso ¿cómo se interesaría el sujeto si no fuese parte interesada? Lo es, en efecto, en cuanto que está estirado en los cuatro puntos del esquema: a saber S, su inefable y estúpida existencia, *a*, sus objetos, *a'*, su yo, a saber, lo que se refleja de su forma en sus objetos, y A, el lugar desde donde puede plantearse la pregunta por su existencia.

Pues es una verdad de experiencia para el análisis que se plantea para el sujeto la pregunta por su existencia no bajo la especie de la angustia que suscita en el nivel del *yo* y que no es más que un elemento de su séquito, sino en cuanto pregunta articulada: “¿Qué soy ahí?”, referente a su sexo y su contingencia en el ser, a saber, que es hombre o mujer por una parte, por otra parte que podría no ser, ambas conjugando su misterio, y anudándolo en los símbolos de la procreación y de la muerte. Que la pregunta por su existencia baña al sujeto, lo sostiene, la invade, incluso lo desgarrar por todas partes, es cosa de la que las tensiones, los suspensos, los fantasmas con que el analista tropieza le dan fe; y aún falta decir que es a título de elementos del discurso particular como esa pregunta en el Otro se articula. Pues es porque esos fenómenos se ordenan en las figuras de ese discurso por lo que tienen fijeza de síntomas, por lo que son legibles y se resuelven cuando son descifrados.

3. Hay que insistir pues en que esta pregunta no se presenta en el inconsciente como inefable, en que esa pregunta es allí un cuestionamiento, o sea: que antes de todo análisis está articulada allí en elementos discretos. Esto es capital, pues esos elementos son los que el análisis lingüístico nos ordena aislar en cuanto significantes, y que vemos captados en su función en estado puro en el punto a la vez más inverosímil y más verosímil:

— el más inverosímil, puesto que sucede que su cadena subsiste en una alteridad respecto del sujeto, tan radical como la de los jeroglíficos todavía indescifrables en la soledad del desierto;

— el más verosímil, porque sólo allí puede aparecer sin ambigüedad su función de inducir en el significado la significación imponiéndole su estructura.

Pues ciertamente los surcos que abre el significante en el mundo real van a buscar para ensancharlas las hiancias que le ofrece como ente, hasta el punto de que puede subsistir una ambigüedad en cuanto a captar si el significante no sigue en ellas la ley del significado.

Pero no sucede igual en el nivel del cuestionamiento no del lugar del su-

jeto en el mundo, sino de su existencia en cuanto sujeto, cuestionamiento que, a partir de él, va a extenderse a su relación intramundana con los objetos, y a la existencia del mundo en cuanto que puede también ser cuestionada más allá de su orden.

4. Es capital comprobar en la experiencia del Otro inconsciente en la que nos guía Freud que la pregunta no encuentra sus lineamientos en protomorfos profusiones de la imagen, en intumescencias vegetativas, en franjas anímicas que irradiarían de las palpitaciones de la vida.

Ésta es toda la diferencia de su orientación respecto de la escuela de Jung que se apega a tales formas: *Wandlungen der libido*. Esas formas pueden ser promovidas al primer plano de una mántica, pues pueden producirse por medio de las técnicas adecuadas (promoviendo las creaciones imaginarias: ensoñaciones, dibujos, etc.) en un emplazamiento ubicable: esto se ve en nuestro esquema, tendido entre a y a' , o sea, en el velo del espejismo narcisista, eminentemente apropiado para sostener con sus efectos de seducción y de captura todo lo que viene a reflejarse en él.

Si Freud rechazó esa mántica, fue en el punto en que ella desatendía a la función directora de una articulación significativa, que toma su efecto de su ley interna y de un material sometido a la pobreza que le es esencial.

Del mismo modo que en la medida entera en que ese estilo de articulación se ha mantenido, por la virtud del verbo freudiano, incluso desmembrado, en la comunidad que se pretende ortodoxa, en esa medida subsiste una diferencia tan profunda entre las dos escuelas, aun cuando en el punto en que están las cosas, ninguna de las dos esté capacitada para formular su razón. Gracias a lo cual el nivel de su práctica mostrará pronto reducirse a la distancia de los modos de ensoñación de los Alpes y del Atlántico.

Para volver a la fórmula que había gustado tanto a Freud en boca de Charcot, “esto no impide existir” al Otro en su lugar A.

Pues quitadlo de allí, y el hombre no puede ya ni siquiera sostenerse en la posición de Narciso. El ánimo, como por el efecto de un elástico, vuelve a pegarse al *animus* y el *animus* al animal, el cual entre S y a sostiene con su *Umwelt* “relaciones exteriores” sensiblemente más estrechas que las nuestras, sin que pueda decirse por lo demás que su relación con el Otro sea nula, sino únicamente que no se nos presenta de otro modo que en esporádicos esbozos de neurosis.